
LVCINDE

FRIEDRICH SCHLEGEL



Friedrich Schlegel (1772-1829) contribuyó con *Lucinde*, su primera y única novela, a sentar en forma literaria las bases del Romanticismo alemán, que pretendía reaccionar contra el acomodamiento de la sociedad burguesa y el clasicismo literario. El escándalo y la indignación que suscitara su publicación allá por 1799 ya no podrá afectar de igual manera al lector contemporáneo que, sin embargo, tendrá la oportunidad de enfrentarse a lo largo de sus páginas a ideas que rigen desde entonces los destinos de la cultura occidental y, más en particular, los de todo aquel que se atreva a aceptar y valorar las grandezas y miserias que rodean la existencia humana.

Índice de contenido

Cubierta

Lucinde

Con hermosa anarquía

Confesiones de un inexperto

Ilustración

Prólogo

De Julius a Lucinde

Fantasia ditirámbica sobre la situación más bella

Característica de la pequeña Wilhelmine

Alegoría de la insolencia

Idilio sobre el ocio

Fidelidad y broma

Años de aprendizaje de la masculinidad

Metamorfosis

Dos cartas

I

II

Una reflexión

De Julius a Antonio

I

II

Añoranza y paz

Jugueteos de la fantasía

Bibliografía

I. Ediciones

II. Otras obras de Friedrich Schlegel

III. Bibliografía seleccionada

- a) General:
- b) Biografías:
- c) Estudios sobre «Lucinde»:
- d) Otras obras citadas

Resumen biográfico sobre Friedrich Schlegel

Sobre el autor

Notas

Con hermosa anarquía^[1]

«Hace unas horas me he mareado tanto la cabeza con Lucinde de Schlegel que todavía me dura. Tiene usted que ver ese producto para asombrarse. Como todo lo descriptivo, caracteriza a su hombre mejor que todo lo que ha producido antes, sólo que le retrata más hacia lo grotesco. También hay ahí algo eternamente informe y fragmentario, y un emparejamiento altamente extraño de lo nebuloso con lo característico que a usted no le hubiera parecido nunca posible. Como siente qué mal avanza en lo poético se ha compuesto un ideal de sí mismo a partir del amor y del ingenio. Se imagina que reúne una capacidad de amar apasionada e infinita con un espantoso ingenio, y después de haberse constituido así, se lo permite todo, y él mismo declara a la insolencia diosa suya.

»Por lo demás no se puede leer la obra completa porque la charla vacía sienta demasiado mal. Después de la fanfarronada de la grecomanía y después de la época que Schlegel dedicó al estudio de la misma, yo hubiera esperado que se me hiciera recordar un poco la simplicidad e ingenuidad de los antiguos, pero este escrito es el colmo de la antiforma y de la antinaturalidad modernas; uno creer leer una mezcla de "Woldemar", de "Sternbald" y de una descarada novela francesa». (Schiller a Goethe, Jena 19 de julio de 1799).

El que a Schiller le diera vértigo la lectura de la novela «Lucinde» es obvio: ¡acaba de leer la primera novela «moderna»! Es comparable a la carrera de un cometa el auge

de la novela en el siglo XVIII frente a los géneros operacionales y luchadores de la Ilustración prerrevolucionaria. Si bien «Die schwedische Gräfin» («La condesa sueca») de Gellert aparece en 1747 todavía anónima, Fr. von Blankenburg presenta en el mismo año en que apareció «Werther» una teoría de la novela, el «Versuch über den Roman» («Ensayo sobre la novela», 1774). «La novela es la historia interna de un hombre», reza la definición del nuevo género. Friedrich Schlegel hace suya esa definición y presenta incluso una novela en la forma del «monologue intérieur», que en realidad sólo será superada por «Les Faux Monnayeurs» de André Gide en el siglo XX (También hay modelos, y Schlegel sabe de su importancia para él: «Jacques, le Fataliste» de Denis Diderot y las novelas de Jean Paul; pero para él no son el «colmo de la antinaturalidad moderna», sino todavía «poesía natural»).

Pero la despiadada crítica que Schiller hace de la novela y el malestar que éste siente al leerla tienen causas que él no reconoce en la carta a Goethe, pero sobre las cuales el consejero secreto está informado por otras fuentes. Son ¿cómo podría ser menos?—, por una parte, de índole muy personal: Schlegel abandona la Universidad de Göttingen, en la que estudiaba con su hermano August Wilhelm, para transformarse en Leipzig en jurista y hombre de mundo. En Leipzig encuentra a Novalis y empieza la amistad literaria más interesante del Romanticismo. Ambos se consagran al estudio de las disciplinas filosóficas, históricas y literario-teóricas; devoran en toda regla no sólo la literatura clásica antigua, sino también la medieval y la moderna.

En Dresden, ciudad visitada por Schlegel no sólo porque allí vive su hermana, que tiene que salvarle constantemente de sus miserias económicas, sino también por la colección de antigüedades más conocida entonces, es presentado a Schiller en casa del consejero judicial Chr. G. Körner en la primavera de 1792. El poeta, que entonces preci-

samente estaba improductivo (y enfermo) y el ingenioso e irónico arribista. ¡El conflicto está programado!

«Casualmente me he enterado de los juicios de Körner y de él sobre mí», escribe al hermano (17 de mayo de 1792). «¿Puedes creer que les he parecido un guasón indiscreto y frío? ¿y también a Schiller? (...) Han subastado verdaderamente mi corazón a ver quién podía ofrecer la mayor censura para él.» (Citado según Behler I, p. 25).

Por tener lugar en el frente literario público, el siguiente choque excede el nivel de la animosidad personal. Friedrich Schlegel vive ahora en Dresden y continúa sus estudios intensivos sobre la historia de la literatura y la cultura antiguas. Quiere llegar a ser el «Winckelmann de la poesía griega», o sea, realizar para la teoría literaria lo que Johan Joachim Winckelmann consiguió para el entendimiento de las artes plásticas antiguas. En esta época aparecen los dos artículos «Vom ästhetischen Werte der griechischen Komödie» («Del valor estético de la comedia griega», 1794), un ensayo que Schiller quería en principio publicar en la «Neue Thalia» («Nueva Talía») y «Ueber die Diotima. Zur Kulturgeschichte der Weiblichkeit» («Sobre Diótima. De la historia cultural de la feminidad», 1795). Además hace trabajos preparatorios para las obras de historia de la literatura «Die Griechen und Römer» («Los griegos y los romanos», 1797) y «Geschichte der Poesie der Griechen und Römer» («Historia de la poesía de los griegos y romanos», 1798).

Su objetivo es la «Estética», declara a su hermano: «*La historia de la poesía griega es una historia natural completa de lo bello y del arte; por eso mi obra es una estética. Esta todavía no se ha inventado hasta ahora, es el resultado filosófico de la historia de la Estética y también su única clave.*» (citado según Behler I p. 33). «*La Humanidad ya no vuelve a florecer sólo una vez. Este florecimiento fueron las bellas artes.*» (Studium, p. 87)

Hegel toma un «préstamo» no sólo de aquí: «No puede haber ni hacerse nada más bello», es su definición de la

época clásica (Estética, p. 565). A partir de esta época importantísima, pero limitada, quiere Schlegel desarrollar una teoría completa de lo bello, o sea, una Estética. La historia y la teoría (filosofía) están en relación dialéctica la una con la otra, siendo la filosofía la única clave del sentido de la historia. Pero ya no se trata de una concepción relativista de lo estético, como en J. G. Herder, sino de un sistema objetivo. En la «Xenien», Schiller ridiculiza el entusiasmo de Schlegel por lo griego:

*«Die zwey Fieber
Kaum hat das kalte Fieber der Gallomanie uns
verlanssen,
Bricht in der Gräcomanie gar noch ein hitziges
aus».*

(NA I; p. 348)

(«Las dos fiebres
Apenas nos ha dejado la fría fiebre de la galomanía,
Aún brota incluso una ardiente en la grecomanía»)

En el ensayo quizá más importante de esa época, («Über das Studium der griechischen Poesie» («Sobre el estudio de la poesía griega»)), Schlegel se desprende de Winkelmann como modelo. No ya la «imitación», sino el «estudio» de la Antigüedad está en su programa. Empieza para él la separación de las normas artísticas clásicas, también de las del clasicismo contemporáneo representado por Goethe y Schiller, en el viraje hacia la modernidad. Esta aparece ahora como contrincante de la Antigüedad. Con ello Schlegel presenta su toma de postura en la «Querelle des anciens et modernes», la cual había determinado el pensamiento de la república de los letrados europeos durante cien años y había sido disputada por los artistas en

duras luchas. Al mismo tiempo, intenta una nueva definición de lo bello que admita la modernidad como algo independiente, aunque sea sólo incipientemente.

Schlegel recoge lo verdaderamente bello de la Antigüedad en el concepto de lo objetivo: es «belleza en sí misma», perfección. Los representantes de lo objetivo son Homero en la épica, Píndaro en la lírica y Sófocles en la tragedia, puesto que fundió felizmente lo dionisiaco con lo apolíneo. (Reflexiones que pasan de Friedrich Schlegel a F. Nietzsche y J. Burckhardt).

Para «Lucinde» es mucho más importante la definición de modernidad. El arte moderno no tiene ninguna exigencia de objetividad; su ideal es lo interesante, es decir, la fuerza estética subjetiva. La característica de lo moderno es la anarquía general; en ella se imita ciertamente a la Antigüedad, pero de manera arbitraria. Formas artísticas antiguas son separadas y mezcladas de forma enteramente caótica. Así surgen dramas líricos, poesía didáctica, etcétera. El representante más temprano de esta tendencia artística es para Schlegel Dante, en cuya obra se pueden rastrear lo cruel, lo feo y el desconcierto del hombre. En el proceso histórico, lo moderno degenera cada vez más en moda, la cual obedece al gusto público y produce una «búsqueda incansable de lo nuevo, picante y chocante, en la cual sin embargo la añoranza queda insatisfecha.» (Studium, p. 158). De la artificiosidad (frente a la naturalidad de los griegos) surge la «preponderancia total de lo característico, individual e interesante» (loc. cit.), que Schiller censura tan vehementemente en su crítica de «Lucinde».

La culminación de esta poesía moderna es Shakespeare:

«Incluso en medio de las serenas figuras de la cándida niñez o de la alegre juventud nos hiere un amargo recuerdo de la completa inutilidad de toda existencia. No hay nada tan repulsivo, amargo indignante, asqueroso, vulgar y horroroso que se sustraiga a su exposición mientras sea

necesario para su objetivo. No pocas veces despedaza sus objetos y escarba como con un cuchillo anatómico en la asquerosa descomposición de los cadáveres morales».

(Studium p. 181)

Pero de lo «interesante» se deriva que no puede haber un máximo interesante —la imagen cíclica de la historia que Schlegel aplica a lo griego (barbarie-belleza-barbarie) no puede ser transferida—, y así surge de la búsqueda de lo interesante un curso de la historia infinito y lineal, la posterior «progresión infinita» de los fragmentos del «Athenäum».

Sin embargo, para Schlegel es pensable una síntesis de lo interesante, lo subjetivo y objetivo:

«Cuantas más veces fue defraudado el deseo, fundado en la naturaleza humana, de satisfacción completa por medio de lo individual y cambiante (...), más vehemente e incansable se hizo. Sólo lo general, constante y necesario: lo objetivo, puede llenar ese gran hueco; sólo lo bello puede calmar esa ardiente añoranza. Lo bello (...) es el objeto generalmente válido de una complacencia desinteresada, la cual es igualmente independiente de la fuerza de la necesidad, por entero inútil y sin embargo útil. El exceso de lo individual conduce por sí mismo a lo objetivo; lo interesante es la preparación de lo bello, y el fin último de la poesía moderna no puede ser otro que lo sumo bello, un máximo de perfección estética objetiva».

(Studium, p. 183)

Esta nueva cualidad la ve Schlegel alcanzada en la obra de Goethe, en la cual han llegado a una síntesis la objetividad y la subjetividad. Goethe «está en medio entre lo interesante y lo bello» (pág. 191), es decir, reúne en sí la Antigüedad y Modernidad. Por ello, Schlegel opina: «La poesía de Goethe es la aurora del arte auténtico.» (pág. 190)

En diciembre de 1795 entrega Schlegel a su editor el manuscrito de su teoría de una definición de la relación entre Antigüedad y Modernidad. Entonces aparece en enero de 1796 en las «Horen» el ensayo de Schiller «Ueber naive und sentimentalische Dichtkunst» («Poesía ingenua y sentimental»), en el cual se da respuesta a la misma pregunta. A lo «ingenuo» de Schiller corresponde más o menos lo «objetivo»; a lo «sentimental», lo «interesante». También Schiller ve en Goethe una síntesis de lo antiguo y lo moderno. Sin embargo no devalúa la Modernidad en favor de la Antigüedad: hace que la poesía clásica y la moderna coexistan con igualdad de derechos. Friedrich Schlegel casi revienta de cólera: ¡Gracias a sus posibilidades de publicación, Schiller había sido más rápido, pero también más concienzudo! En su prefacio al artículo de «Studium» de 1797, Schlegel tiene que confesar que ha juzgado el arte moderno demasiado parcialmente.

La forma del enfrentamiento de ambos escritores, ahora rivales en público, se hace cada vez más dura. Ciertamente Schiller admite al hermano de Schlegel, August Wilhelm, en julio de 1796 en la redacción de «Horen»; pero el escándalo no se hace esperar: si bien Schlegel publicó anónima su acerba crítica del «Musenalmanach auf das Jahr 1796», luego le sigue la crítica pública de las «Horen». Deplora la cantidad de traducciones que allí aparecen (en las cuales también su hermano tenía parte) y se mofa: «*¡Qué confiadamente tiene contar el editor con que el público lo soporte todo!*» (cit. según Lahnstein, 377). Y esto significa en realidad que August Wilhelm puede considerar esa carta como un despido. Goethe intenta de nuevo mediar; pero, sin embargo, la enemistad entre Schiller y los románticos está ya abiertamente declarada.

Además esta enemistad tiene otro motivo aún, un motivo personal por el cual Schiller está indignado contra los románticos y contra «Lucinde». Este motivo es para Schiller la demostración viviente de la cuestionabilidad de sus propias

concepciones políticas. Su nombre es... Caroline. Schiller la insulta como a la «Dama Lucifer» en recuerdo de la novela, y Charlotte, la mujer de Schiller, antes unida amistosamente a Caroline, lanza una sarta de injurias contra ella. ¿Por qué?

Caroline, hija de Michaelis, orientalista de Göttingen, se casa en 1797 con August Wilhelm Schlegel en Jena. Pero ya para los contemporáneos pasaba por ser una de las mujeres más emancipadas de Alemania. Por medio de ella, Friedrich Schlegel experimenta la educación de su corazón. Pero esta «educación sentimental» lo es al mismo tiempo del entendimiento, es socialización política del joven adepto. Caroline se decide después de la muerte de su primer marido, el médico Böhmer, a vivir sola con sus hijos, a no plegarse otra vez bajo el yugo de un matrimonio convencional y de conveniencia. Con este heterodoxo plan de vida cambian también rápidamente sus ideas políticas: las ideas de la Revolución Francesa y del republicanismo adquieren gran importancia para ella.

En 1792 se va a Maguncia, a visitar a Therese, hija de Heyne, filólogo de Göttingen, con el cual August Wilhelm Schlegel se había destacado en sus estudios con un comentario de Virgilio. Therese, casada con el escritor Georg Forster, acababa sin embargo de abandonarlo por su amante. Caroline, convertida en ama de llaves de Forster, se enreda así en la política.

Georg Forster se hizo primeramente famoso como naturalista. Con el capitán James Cook tomó parte en el segundo viaje de investigación a los mares del Sur (1772-1775) y elaboró una detallada descripción. Con Alexander von Humboldt visitó algunas naciones del oeste de Europa; el correspondiente reportaje es su obra más conocida: «Ansichten vom Niederrhein» («Vistas del Bajo Rin», 1788). Pero luego se dispone a convertir de nuevo en práctica esa teoría adquirida prácticamente. Se convierte en uno de los jefes más importantes de la revolución de Maguncia, de la cual surge la primera república democrática de Alemania.

Precisamente cuando Forster, vicepresidente de la Convención Nacional Alemana Renana, viaja a París (1793) para conseguir la incorporación de la nueva República de Maguncia a Francia, la ciudad es conquistada por tropas contrarrevolucionarias prusianas, entre las cuales también se encuentra Goethe. Caroline, conocida por su actividad y entusiasmo por la revolución, es detenida al huir de la ciudad. Aunque August Wilhelm Schlegel, por aquel tiempo profesor particular en Amsterdam, puede conseguir su liberación, su situación no mejora notablemente por ello, pues espera un niño como consecuencia de una noche de baile.

No sólo en las obras teatrales del Sturm und Drang (véase nota a la pág. 33 de la novela), como «Urfaust» de Goethe o «Die Kindsmörderin» («La infanticida») de L. Wagner, se puede leer qué grave era entonces una situación así. Incluso los grandes de la historia del pensamiento están de acuerdo en condenar a la persona afectada. Con toda claridad, por ejemplo, I. Kant, para quien el asesinato de un hijo ilegítimo es menos grave que cualquier forma de sexualidad extramatrimonial. Un hijo así es mercancía de contrabando; esta manera de pensar cosifica brutalmente al hombre:

«El niño venido al mundo ilegítimamente ha nacido fuera de la ley (pues eso significa el matrimonio) y con ello está también fuera de la protección de ésta. Se ha escurrido por así decirlo en la comunidad (como mercancía prohibida), de manera que ésta puede ignorar su existencia (porque legalmente no debía haber existido así), y con ello también su destrucción».

(Citado según Marcuse, pág. 71)

Hay que esconder pues a Caroline, buscada por la policía, de una sociedad tan represiva. August Wilhelm la lleva a Lucka, una aldea junto a Leipzig y le encarga su cuidado al hermano, cuyo espíritu ella en seguida toca por comple-

to y en el centro («Años de aprendizaje...», pág. 62); se convierte para su espíritu en un «firme centro y base de un nuevo mundo» («Años...», pág. 65), es decir, se enamora impetuosamente de Caroline, la cual tiene un sentimiento semejante: lo sugieren unas alusiones en sus cartas y su odio a Dorothea, la posterior amante de Friedrich Schlegel. Pero él renuncia a la novia de su hermano. En la novela resuena una suave crítica:

«Olvidó su época y se formó según los héroes del pasado, cuyas ruinas amaba con adoración. Para él mismo tampoco había presente, pues vivía sólo en el futuro y en la esperanza de consumir alguna vez una obra eterna como monumento de su virtud y de su dignidad.»

(«Años...», pág. 65)

Para Julius —así se llama también el hijo de Caroline — esta amistad es todavía un grado en el desarrollo. Ciertamente es que ambos hablan mucho de política; Friedrich Schlegel, todavía inmaduro, se entusiasma por la Revolución, pero la felicidad del presente, la realización de su amor, les es negada a ambos.

Las enseñanzas de Caroline sobre la Revolución caen en terreno fértil. Primero, Schlegel reflexiona sobre la Antigüedad, que aquí asume una función sustitutoria, pues la tijera y las esposas del censor son inmisericordes; sin embargo luego crece el valor. En el tratado «Versuch über den Begriff des Republikanismus» («Ensayo sobre el concepto de republicanismo», 1796) se ocupa de «Zum ewigen Frieden» («La paz perpetua», 1795) de Kant. En la característica «Georg Forster» intenta salvar al revolucionario, a quien Schiller injuria en las «Xenien»:

*«Unglückliche Eilfertigkeit
Ach, wie sie Freiheit schrien und Gleichheit, geschwind wollt ich folgen,*

*und weil die Trepp mir zulang däucht, so sprang
ich vom Dach».*

(NA I p. 350)

(«Infeliz precipitación
¡Ay!, cuando gritaron libertad e igualdad quise se-
guirlos rápidamente,
y como la escalera me pareció demasiado larga,
salté del tejado»).

La tragedia de Forster es despachada aquí como un extravío ridículo, y una vez muerto el revolucionario de Maguncia, se le echa también a Caroline una indirecta:

*«Phlegyasque miserrimus omnes admonet
O ich Thor! Ich rasender Tor! Un rasend ein jeder
Der, auf des Weibes Rath horchend, den Freiheitsbaum pflanzt».*

(NA I p. 351)

(«Phlegyasque miserrimus omnes admonet
¡Oh, loco de mí! ¡Loco furioso! Y loco cualquiera
Que, escuchando el consejo de la mujer, planta el
árbol de la libertad»).

El círculo de amigos de Jena contesta reprochando a Schiller el ser un antirrevolucionario, incluso directamente un reaccionario sacado de un libro de estampas; y él hasta les proporciona la munición para ofensivas posteriores. Sintiendo de repente como un mezquino burgués suabo, Schiller compone una oda a la moral burguesa del trabajo; en el «Lied von der Glocke» («Canto de la campanas») (otoño de 1799, NA II, p. 277 y ss.) canta:

*«Arbeit ist des Bürgers Zierde,
Segen ist der Mühe Preis;*